SERIE II TEGUCIGALPA, 22 DE SEPTIEMBRE DE 1894 NÚMERO 14.

EL PENSAMIENTO.

SEMANAL LITERARIO.

DIRECTOR Y FUNDADOR, F. TURCIOS.

MANUEL GUTIERREZ NAJERA.

—

Perfumes, brisas, rumor de lago,
susurro de ala de fugaz vuelo,
sollozos tristes, ecos del cielo
son las canciones del Duque Job.
Melancolías de una alma herida
por los pesares de cruel tristeza,
inspiraciones de una cabeza
llena de dulces sueños de amor.

Tienen los versos de su arpa enferma
cantos alados de ruiseñores,
brillar de estrellas, llanto de flores,
resplandeciente luz auroral.
Y hay en su prosa de frases aéreas
la lumbre rósea de los celajes,
mantos de espumas, nubes y encajes,
auras de noche primaveral.

Cuál se adivinan en sus estrofas
nieblas del Norte, cosas ideales:
y son sus versos los siderales
rayos chispeantes de inspiración.
Siéntense en ellos besos, caricias,
se ve de un ángel blanca silueta....
cómo palpitan del dulce poeta
tristeza inmensa, rayos de sol!

Este es el bardo que aman las niñas
cuya nostalgia la frente sella:
su musa es rubia, pálida y bella
como una ondina del viejo Rhin.
Sintió del maestro Schubert divino
con sus misterios la Serenata,
poeta que enseña noches de plata
á los que dudan del porvenir!

Este es el que hace sentir las almas,
cuyas estrofas son mariposas,
blancas palomas de alas hermosas,
hijas sublimes del trovador:
cada una de ellas tiene el encanto
secreto y triste de las baladas:
celestes flores por delicadas
son las canciones del Duque Job!

F. TURCIOS.

Abraham Z. López Penha.

—

El clasicismo era de una sola pieza. Cuando se le arrojo del Parnaso abajo, quedó sepultado, pero no estalló. No así el romanticismo, ese precioso kaleidoscopio con que jugaron los genios, y que al hacerse pedazos desparramáronse sus mágicas joyas. Acudió al destrozo el arte, recogió las migajas de iris, y de cada una de ellas hizo un regalo á las nuevas sectas decadentes. Simbolistas, parnasianos, coloristas, místicos, impresionistas todos tuvieron su pedacito de maravilla en que va contenida la belleza. El naturalismo no quiso entrar en el reparto. Le bastaba su diamante blanco, á través del cual busca la verdad.

La juventud americana se ha prendado de los primores nuevos, de los prodigiosos juegos de luz y color que el moderno arte ha ingeniado, y he ahí que ninguna época literaria ha despertado tan grandes entusiasmos ni fecundado tantos talentos como la presente época eminentemente liberal, sublimemente amárquica, en que el pensamiento, con atrevimientos y rebeldías que habrían llenado de

pasmo á los menos asustadizos conservadores del extinto clasicismo, destroza los yesos de las antiguas formas y crea nuevos modelos; insurrecciona las cláusulas del discurso y los ritmos del verso; le da á beber champagne y pólvora á los vocables para que saquen de la lengua nuevos y más vigorosos acentos; y en suma declara que si la ciencia es la Revolución, el arte es la Reforma.

A esa juventud entusiasta y poderosa pertenece el escritor y poeta que nos inspira las presentes líneas. Abraham Z. López Penha vió la luz primera en la isla holandesa de Curazao y es de raza israelita, de aquella raza patriarcal que al mundo dió poetas excelsos, cuyos cantos sublimes tienen como ninguna otra poesía humana, el simbolismo profético que los hace inmortales. El idioma que en la cuna aprendió este joven americano, no fué el de Castilla que ahora labra con tanta gracia y primor, y que por un efecto atávico brotó en sus labios á poco de haberse puesto en contacto con la raza de amplio espíritu que España dejó en América. Los ascedientes de L pez Penha fueron de aquellos laboriosos hijos de Israel que con el sudor de sus frentes hicieron fértil y rica la tierra española, y que al regarla con las lágrimas de su forzosa despedida de proscritos, la dejaron estéril.

López Penha es un temperamento esencialmente artístico y su educación literaria la ha hecho adorando el genio francés, descubierta la noble frente bajo la lluvia de oro y pedrería en que se desgaja la nube azul que sobre París se cierne. Su verso es rico, primoroso y sensual; su prosa brillante y prismática. Cómo Gómez Carrillo en un principio, se le ve allegarse á los tesoros que encierra la gruta encantada del Sena; y ya le seducen las preciosas esmeraldas, ya los topacios con aúrea luz, ya los rubíes encendidos, sin acertar con cuál de aquellas riquezas ha de formar al fin su propio caudal; pero quien observe con atención las obras de López Penha, podrá advertir, como á nosotros nos ha sucedido, que el joven literato, con altivez muy laudable, rehuye la limitada órbita del satelitismo, y busca girar en la exclusiva y libre de la espontaneidad. Con talento, juventud y ambición se va muy lejos, si el estudio es discreto y si no se esteriliza el alma, dejando morir en ella el ideal.

Abraham Z. López Penha ha fundado en Barranquilla una preciosa publicación de literatura que lleva por título Revista Azul; y sabemos que en París se edita en estos momentos un libro suyo de prosa y verso que ha intitulado *Cromos*, el cual habrá de contribuir, no lo dudamos, á acrecentar la estima en que á su autor se tiene como uno de los vigorosos talentos que vienen á continuar con prestigio la edificación del gran monumento de las modernas letras americanas.

N. BOLET PERAZA.

ARPEGIOS.

(EN EL ÁLBUM DE LUPE REYES)

—

De todas mis congojas,
¿quiéres que deje en tu álbum el bosquejo,
para que puedas, al mirar sus hojas,
encontrar de mi espíritu un reflejo?

¿Te agrada la tristeza
que el alma sume en celestial quebranto
y agobia pensativa la cabeza
al eco arrullador de un flébil canto?

¿Te halaga el desvarío
de un sueño de oro que al nacer se esfuma
como una exhalación en el vacío,
y en reflexiones á la mente abruma?

¿Te atrae el sentimiento
de un corazón que en ansiedad suspira
y enamorado le confía al viento
las gemebundas notas de su lira?

¿Te gustan los fulgores
de luz crepuscular, cuando la tarde
decae entre dulcísimos rumores
y se amortaja el sol y apenas arde?

¿Te encanta ver la luna
que, majestuosa y pálida y sublime,
rompe las sombras de la noche bruna
y con su albor melancolía imprime?

¿Te cautiva el latente
lenguaje del dolor universal?
¿Te seduce cuanto ama y cuanto siente?
¿Comprendes las dulzuras de lo ideal?

Pues bien: si eso te agrada,
perdóname que olvide mis congojas,
y en cambio de estos versos que son nada
te deje mi recuerdo en estas hojas.

J. A. DOMÍNGUEZ.

1894.

LOHENGRIN.

He hablado muchas veces de Lohengrín y me parece que he hablado de él muy poco. He dicho, he escrito, al salir de cada audición, lo que he sentido, y cada vez siento de una manera diversa y algo nueva. Si enlaza, si eslabona todos esos matices, todas esas modulaciones de la emoción, un sentimiento profundamente religioso, más bien dicho, místico. Queda en mi alma, después de haber oído en distintas épocas esa música celeste, como gemebundo eco de órgano...de órgano tocado por la joven pálida, al caer la tarde, tras de la reja del coro, en capilla que oculta espeso bosque, el día en que una novicia muy hermosa y que amó mucho, dijo adiós al mundo, y vió caer, tronchados, sobre el mármol, sus trenzas de oro. A creer en vidas anteriores, diría yo que en alguna de ellas—en la blanca—oí esas distantes, vagas armonías. Casi no tienen cuerpo; son casi fluidas; no brotan y se abren como rosa, no gorjean y sacuden las alas como pájaros: nievan!

¡Cuento de hadas, único misterioso cuento de hadas que me trajo la juventud; granizo intacto al que con ansia acerco los resecos labios; niebla húmeda y fría que me velas apenas lo infinito; preludio de la vida inmaterial en que el amor eterno es ritmo suave que de onda en onda se propaga sin perder nada de sí, trazando su indisoluble sucesión de círculos iguales en la absoluta inmensidad.

Caballero del cisne blanco, tan parecido al candor de la inocencia como la blancura de las muertas hermosas: cuando llegas ¿en qué sueñas? ¿En la mujer? ¿En una mujer? ¿En el amor? ¿En Dios acaso? Tu rumor no hace ruido. Te oímos sin despertar.

El canto de un gallo te rompe. El roce de un pétalo te lastima. Vives la vida impalpable é invisible de los aparecidos. ¿Eres el espíritu blanco de mi hermano enlutado? De ángel custodio es tu palabra tierna; pero de ángel custodio que está triste.

Tuviste un enamorado que se te parecía mucho. Era un genio pálido que había sufrido inmensamente sabe Dios en dónde. Nos conocimos mucho, mas ignoro en qué lugar. Había luz de luna, sí, en el sitio melancólico. Pero en el cielo no había luna, sino estrellas. Rápido fué el encuentro. Vestía él como príncipe, como el ángel-príncipe de la Anunciación. Traía en la mano simbólica flor azul. ¿El lirio? ¿El loto? Y su mirada vaga entró en mis ojos y fué apoderándose de toda mi ser como un hechizo. Sin condiciones, sin acuerdo previo, unimos para siempre nuestras almas, viajeras en la neblina del ensueño. Y caminamos juntos, brazo á brazo, pero siempre muy lejos uno de otro. Eramos como dos caminantes que se buscan, que se hallan, que no vuelven á separarse por el camino, y que sienten pero no se ven, porque la noche es negra, y dura mucho, y no amanece!....¡Oh, mi Julián del Casal! ¡Oh mi pobre poeta, hermano mío!

No llegamos á conocernos, y tal vez por eso nos conocíamos hondamente. A veces caían tus cartas y tus versos en la mesa..... Sí, caían como suelen caer los rayos de la luna sobre la página en que escribo! Yo repetía tu nombre y repetías el mío. Fuimos, somos, como dos ecos distantes, enamorados de la misma vaga melodía. ¡Oh mi poeta el de los ojos claros é indecisos que no saben ver; oh mi poeta, el de los ojos tristes que sonríen por bondad y por cariño; oh mi poeta, el de los ojos que no han muerto y que siempre estuvieron despidiéndose; contigo acaricié las alas rizadas del gallardo cisne; juntos creímos en Lohengrín, oh mi poeta!

Mañana....cuando haya luz....cuando no sienta, tan fría tu NIEVE entre mis manos...

cuando vuelvan á casa mis pensamientos asustados y dispersos, iré á aquel sitio melancólico en donde por primera vez nos encontramos. Mañana..... hablaré de tí con mi alma.

Ahora, el público espera. El traspunte me llama. Deja que salga el comediante.

No puedo hablar de la ópera de Wagner porque Lohengrín también era tuyo; tú, acaso eras Lohengrín. Amador de la belleza toda blanca; hablo de Elisa..

EL DUQUE JOB.

De "*La Semana Literaria.*"

LA CANCION DE LA CURVA.

—

Carne. La fresca emanación de rosas
y el cabrilleo de curvados rayos,
en las amplias caderas voluptuosas
entonan la canción de los desmayos.

—

Bajo los pliegues del percal sencillo
se diseñan los trazos; y conturba
el alma deslumbrada por el brillo,
el bailoteo de la esbelta curva!

—

Las desnudeces de las formas regias
en las penumbras misteriosas aman;
y las turgencias pósteras y egregias,
como hemistiquios sáficos, se inflaman!

—

En la templada atmósfera resurge
un ambiente impregnado de lascivia,
y, al desflorarse las caderas, surge
el acre aroma de la carne tibia!....

JOSÉ FIANSÓN.

Lima—1894.

TINIEBLAS.

—

Almas, que la tierra habéis cruzado, sin porvenir, sin fe, sin esperanza; marchito el corazón, mustia la frente, secos los ojos ya, sin una lágrima; sin un suspiro que el dolor lenice, sin una sola aspiración que lata dentro del pecho destrozado, yerto, que las cenizas del recuerdo guarda.... Almas, que marcháis como impelidas de un impulso fatal, y que, con ansia, anheláis no el efímero reposo, sino el término final de la jornada: vosotros comprendéis cuánto se sufre cuando muere el espíritu y el alma contempla en derredor un hondo abismo, y, sollozante y muda, se anonada! Vosotros comprendéis que, en esas horas de horrible oscuridad, de noche aciaga, el aliento de la vida es para el hombre como el peso abrumador de cien montañas; para el hombre infeliz que en un océano de indecible dolor, incierto vaga, como el genio del silencio, entre las sombras, de un vasto cementerio entre las lápidas; que discurre al azar, indiferente, con ese impulso estúpido del paria, con los brazos cruzados sobre el pecho, con profundo estupor, cual una estátua; que el mundo al contemplar desde la altura del frío estoicismo en que se empapa, sonríe con desdén mientras su labio pronuncia una impiedad, no una plegaria.....

Sufrir y padecer! ¡Qué cruel destino! De la existencia aterrador programa, que el hombre cumple de implacable sino bajo la acción inexorable y bárbara. Sufrir y padecer! Y si ilumina alguna vez su mente la esperanza, es leve chispa que la negra nube del desengaño proditor apaga. Sufrir y padecer! Dios infinito! ¿ésa, ésa es la misión infausta, que el ser humano recibió del Cielo cuando al planeta en formación le manda? ¿Por eso es que halla por doquier abrojos, y el sendero que recorre baña, con ese llanto que degrada el campo do crece mustia del amor la planta? Pigmeo desdichado, en vano grita, desde el astro cavernoso en que se arrastra, contra todo lo que existe, y torvo ceño se dibuja en su frente de amenaza. Cuando cree que padecer es su destino, y que el llanto es patrimonio de una casta que vive entre la especie soportando el estigma del dolor cual negra marca; cuando egoísmo no más doquiera encuentra, y una mortal indiferencia apaga los vehementes latidos que un instante tal vez su helado corazón dilatan; y que vano de-

lirio es el intento de exaltar el dolor que le quebranta, si sus ayes de congoja triste vierte, y sin un eco de cariño pasan; si, en vez de flores de inefable aroma, espinas solo al corazón desgarran, y si la Envidia envenenado dardo, en recompensa del amor, le enclava!...

Sombras, tinieblas, vanidad y duda! los frutos son que de la ciencia vana, recoge el hombre que anhelante busca, verdad y bien con perdurable ansia! Y no los halla! y en su furor decide que es prominente instinto de la raza, el engreimiento en bonancibles días, la humillación en días de desgracia.... Y que es la sola sociedad culpable, y el estigma merece de esas faltas, si á la virtud no alienta cual merece, y al vicio eterna maldición no lanza.

J. CISNEROS.

Gracias, 189.....

OJOS VERDES.

—

Ojos que nunca me veis
por recelo ó por decoro,
ojos de esmeralda y oro,
fuerza es que me contempléis:
quiero que me consoléis
hermosos ojos que adoro:
estoy triste y os imploro
puesta en tierra la rodilla.
¡Piedad para el que se humilla
ojos de esmeralda y oro!

—

Ojos en que reverbera
la estrella crepuscular;
ojos verdes como el mar,
como el mar por la ribera;
ojos de lumbre hechicera
que ignoráis lo que es llorar.
¡Glorificad mi penar!
¡no me desoléis así!
tened compasión de mí!
¡ojos verdes como el mar!

—

Ojos cuyo amor anhelo
porque alegran cuanto alcanza;
ojos color de esperanza
con lejanías de cielo.
Ojos que á través del velo
radian bienaventuranza;
mi alma á vosotros se lanza
en alas de la embriaguez:
miradme una sola vez,
ojos color de esperanza.

—

Cesad ya vuestro desvío,
ojos que me dais congojas,
ojos con aspecto de hojas
empapadas de rocío.
Húmedo esplendor de río
que por esquivo me enojas;
luz que la del sol sonrojas
y cuyos toques son besos,
derrámate en mí por esos
ojos con aspecto de hojas.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

SANGUINA.

—

Esta tarde ha sido todo de rosa. El cielo ha puesto en la enorme concha de su gran paleta, todas las rosas posibles. Ha sido el rojo el rey sangriento; un rojo estallante y furioso que desde el foco agonizante del sol teñía el mar de sangre. Después que se hubo hundido la rueda de fuego púrpura, de fuego condensado y vibrante, de fuego único y occidental, calló la fantasía de los rojos, se alejaron las claridades de los candentes y ofensivos amarillos. Los cardenales fueron poco á poco fundiéndose en una suave disolución de carmín, que gradualmente llegaba, en tonos desfallecientes y cromáticos, al grano de granada, al ala de flamenco, al rosa de uña, al anémico y dulce rosa té. El mar reflejaba la gloria del poniente. En el horizonte, la línea curva que marca á la vesta el límite, no se veía inundada en llamas. Una espesa nube oscura se partió en dos rotondas, dos rotondas sustentadas por una arquitectu

inaudita y visionaria. Había una balaustrada gigantesca sobre un pavimento manchado como por una iluminosa y reciente degollación.

Pájaro de la hecatombre, un águila anaranjada, cual si hubiese pasado por un iris, extendía las alas cuyos extremos parecían aún húmedos de una agua de rubí. En un punto del cielo en donde la decadencia del tinte llegaba al desmayo, el suave color trajo á mi memoria un lejano recuerdo. Fué el de una hoja exangüe y olvidada, entre las hojas de un libro de horas. Era el libro impreso en Bruselas y de antigua factura. La página donde descansaba aquella reliquia, quizás de un amor de romanza, tenía una mayúscula roja, de una exquisita belleza arcaica, á manera de las que ornan los misales y los antifonarios.

De pronto el parpadeo rápido y blanco de un foco eléctrico me sacó de mi vago pensamiento. Tras las colinas cercanas, brumas crepusculares anunciaban la noche. La ciudad encendía sus luces. La última vibración de la agonía de la tarde, fué de rosa muriente y desolada.

RUBÉN DARIO.

RIMA.

A....

—

Ayer me lo dijeron. Ola helada
circuló por mi cuerpo vacilante;
creí morir de angustia, quedé mudo
y sin poder pensar. Juré vengarme,
cuando volví de mi mortal letargo,
pues la herida del pecho era tan grande,
que la sangre manaba á borbotones,
y el alma se escapaba con la sangre.
Hoy ya no pienso en la feroz venganza:
preferible es sufrir, llorar á mares
por la mujer que el corazón adora
con toda la potencia de un gigante.
Ya solo estoy. En otro tiempo el alma
acariciaba tu divina imagen
tan hermosa y gentil, tan pura y bella
cual blanco lirio en pintoresco valle.
Antes la acariciaba con delicia
y soñaba placeres celestiales....
hoy la miro también, siempre tan bella,
pero manchada su corona de ángel.
La sangre derramada por mi pecho
al ser herido, salpicó el encaje
con que cubría su cabeza hermosa
y su garganta de blancura mate.
Sólo con mi dolor me encuentro ahora,
con mis penas y tristes ansiedades,
tanto por las heridas que me hiciste
como por verte sin tus alas de ángel.
¡Dolor, fiero dolor, amargo acíbar
que he apurado, de un golpe, sollozante!
¡Cuán grande es tu poder, cuán grande y duro!
Déjame por piedad ¡ay! no me mates!
Tristeza y soledad! Aveces siento
correr olas de fuego en vez de sangre
que se hielan después y que me crispan
los nervios de este cuerpo miserable.
Solo, con la cabeza entre las manos,
siento latir las venas y, anhelante,
yo quisiera arrancar de una vez sola
el corazón que ingrata, desgarraste....
Después....viene la calma, apenas sufro
y concibo esperanza que, fugaces,
se van con mis suspiros por los vientos
y triste y solo quedo como el sauce.
¡Dolor, fiero dolor, amargo acíbar
que he apurado de un golpe sollozante!
¡Cuán grande es tu poder, cuán grande y duro!
déjame por piedad y no me mates!

FAUSTO.

EL MEJOR CANTO.

—

Una tarde me dijo la amada de mi corazón:

—Dime uno de aquellos cantos que tú sabes, poeta pálido del país de la nieve; uno de aquellos cantos que hablan de rubias mujeres, cautivas en fortalezas obscuras y de garridos donceles que al pie de la ventana ojival cantan sus amores al són del laúd.

Vibraba en nuestros corazones la primavera de la vida, y la brisa llegaba á nosotros, llena de aromas, cantando la primavera de la naturaleza tropical.

A los naranjos en flor del parque empeza-

ban á llegar las aves de plumas doradas, y en el azul del cielo brotaban las primeras estrellas, en tanto que á lo lejos, sobre el lago dormido, resplandecía la última llamarada del sol.

Con sus ojos grandes y azules clavados en mí y con sus rubios cabellos regados por los hombros de nieve y de rosa, allí, á mi lado, en aquella tarde de sueños y de amor, parecía una de aquellas hermosas cautivas, á quienes cantaban los garridos donceles, al són del laúd de oro, al pie de la ventana ojival.

Cogí en mis manos trémulas sus manos de alabastro y con timidez llevé á sus labios ardientes los labios míos, donde dormían los besos.

La noche empezó á cubrirnos con alas de sombras, y no me pidió más cantos la amada de mi corazón.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

[Colombiano.]

UN CASO RARO.

A MI AMIGA LA SIMPÁTICA ESCRITORA LUCILA GAMERO.

*

Carmen se moría, se moría de pesar y de tristeza. Los colores de su belleza juvenil habían desaparecido y su semblante semejaba una pálida rosa moribunda. Ya los salones de su casa no repetían el eco de sus risas, ni en las mañanas claras ó en las tardes serenas se oían en el jardín las notas de su canto como gorjeos de pajarillo que empieza á volar. ¿Qué tenía la bella niña? Se extinguía lentamente sin conocer la causa: en vano sus padres recurrían á los mejores médicos asediándola á preguntas: ella solo sentía de vez en cuando oprimírsele el corazón y deseos de llorar, de llorar eternamente....

*

Quiéra Dios que nunca os enferméis de esa manera, mis lindas lectorcitas! Mejor os desearía cualquiera enfermedad material y no esa que roba la alegría y hace pensar en el descanso de las tumbas. Porque ¿habéis comprendido que Carmen se moría de amor imposible? Tal vez os riais juzgando que este mal no existe sino en la imaginación exaltada de los soñadores, ya que vosotras os sentís incapaces de ser víctimas de él; pero hacéis mal en pensar así porque sois débiles y si hoy os burláis de esos sentimientos, quizá mañana lloraréis por ellos.

Sí, Carmen había enfermado cuando supo que su primo, aquel hermoso muchacho juguetón y cariñoso, cuya imagen simpática y gentil guardaba dentro el pecho desde muy niña, se casaría muy pronto con su amiga Clemencia, la voluntariosa reina de los salones elegantes.

*

Era aquel un casamiento hecho por la familia, en el que los corazones de ambos jóvenes no habían tomado la menor parte. Los dos se sentían halagados en su orgullo: élla, porque Carlos era un gallardo joven que sobresalía entre todos por su talento: él, porque sería el poseedor de aquella regia hermosura que tantos deseaban, porque sería envidiado por todos sus amigos, venciendo á sus rivales en esa gran batalla en que el amor propio y la dignidad sublevados ponen en acción todas las armas del ingenio y del sentimiento.

*

—Te mueres, hija, le decía su madre. ¿Qué tienes? si será que estás enamorada! En mi juventud tuve una enfermedad parecida después que conocí á tu padre. Mira: yo sé que Pablo te ama sinceramente. ¿Quiéres casarte con él?

Ella, por contestación se echaba á llorar.

—Si nada tengo! Respecto á Pablo, bien sabes que no lo amo.

—Pero yo deseara te casaras con él: es bueno, honrado, y quizá su cariño logre curarte de esa anemia moral.

—Si tú lo deseas.... me es indiferente.

*

En la gran casa todo era animación y vida. De los salones se escapaban las armonías de la orquesta y los reflejos brillantes de millares de luces. Se celebraba con un baile un próximo y doble enlace en la familia. Voces, risas, crujir de faldas, todo mezclaba su murmullo sonoro con las notas melancólicas

del piano....¿Dónde estaban los novios? Pablo y Clemencia reían alegremente entre un círculo de amigos: eran felices. Carmen se paseaba del brazo de Carlos en uno de los corredores. Ella, pálida como un lirio, más bella que nunca: él triste y pensativo. ¿Qué pasaba en su espíritu? ni él lo comprendía: sólo sentía un horrible pesar que lo anonadaba, un algo desalentador que le gritaba que él no amaba á Clemencia, que sería feliz, oh muy feliz, si su novia fuera Carmen. La vanidad lo había empujado hacia aquella mujer frívola y sin corazón: el suyo era de su prima cuyo brazo sentía temblar. Si, en aquella criatura simpática y adorable se había cifrado su felicidad: aquellas manos debían oprimir su frente y en aquel seno de virgen descansaría su cabeza. Y pensar que todo aquello sería para otro, que otros labios marchitarían con sus besos aquella boca pequeñuela y rosada que le sonreía tan tristemente....oh! era para volverse loco! En cada oleada de pensamientos surgía entre sus recuerdos la imagen de la compañera de su infancia, bella y candorosa; y entonces comprendió la intensidad de aquel afecto ardiente que él había juzgado fraternal. Pero ella no lo amaba puesto que iba á casarse con otro dentro de ocho días.

Inconscientes habían salido al jardín, silenciosos y tristes. Caminaban lentamente sumergidos en una dolorosa y profunda abstracción. Era una pálida noche de luna, llena de sombra y misterio: un débil rumor de hojas llegaba hasta ellos y la brisa acariciaba la blonda cabellera de la joven enferma. De pronto sus miradas se encontraron y se estrecharon las manos. Sin saber cómo, cediendo instintivamente á aquella ternura que sentía despertarse con toda la fuerza de la primera pasión, unida al temor de perderla para siempre, la estrechó contra su pecho y depositó en sus labios un ardiente y prolongado beso.

—Te amo! te amo!

Ella quiso huir; pero las fuerzas la abandonaron y volvió á caer en sus brazos casi desmayada.

*

Lo que sucedió en seguida es fácil adivinarse. Solo hubo un matrimonio. Pablo sufrió con resignación el peso de sus *calabazas* y Clemencia decía algunas noches después en casa de una amiga con su despreciativa risa de coqueta:

—Carlos es el hombre más antipático y tonto del mundo: gracias á Dios que lo conocí á tiempo y encontré pretexto para romper con él. Tiemblo al pensar lo que hubiera sido de mí casada con semejante animal.

F. TURCIOS.

20 de septiembre de 1894.

PARA UN MENU.

Las novias pasadas son copas vacías,
en ellas pusimos un poco de amor;
el néctar tomamos....huyeron los días....
¡Traed otras copas de nuevo licor!....

Champaña las rubias de cutis de azalia;
borgoña los labios de vivo carmín;
los ojos oscuros son vinos de Italia;
los verdes y claros son vinos del Rhin!

Las bocas de grana son húmedas fresas;
las negras pupilas escancian café.
Son ojos azules las llamas traviesas
que trémulas corren como almas del te!

La copa se apura, la dicha se agota;
de un sorbo tomamos mujer y licor....
Dejemos las copas....Si queda una gota,
que tome el lacayo las heces de amor.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

PENSAMIENTOS.

*
* *

Nada envejece tan pronto como el recuerdo de un beneficio.

*
* *

Los primeros sabios fueron los primeros soberanos.

ADMINISTRACION: A CARGO DE LA DIRECCION.

Condiciones.

Este periódico saldrá todos los sábados.

La correspondencia se dirigirá al Director, que no devuelve originales.

Suscrición mensual, 40 centavos: número suelto, un real.

Se admiten avisos en el forro.

TIPOGRAFÍA NACIONAL.—TEGUCIGALPA.